

Tres preguntas a Manuel Rojas

UN viejo capitán de barco que lleva el horizonte en las pupilas: eso me sugiere Manuel Rojas. ¿Y qué de raro si, entre sus múltiples oficios, fue cuidador de lanchas en Valparaíso?

"A pesar de mis piernas y de mis brazos, a pesar de mis pulmones y de mi estómago, a pesar de mi soledad y de mi hambre, parecía no existir para nadie. Me senté en la escalera del muelle y miré hacia el mar". ("Lanchas en la bahía").

Me gusta la idea de entrevistarlo. Pertenecer a esa familia de escritores, cuyo pensamiento está ligado a la vida del hombre común. Si no, ¿cómo existiría ese "Hijo de ladrón" con 7 ediciones en español, varias en inglés, alemán, yugoslavo y otras lenguas? (porque su obra alcanza proyecciones universales) ¿y cómo podría haber escrito ese cuento hondo y sencillo "El vaso de leche"?

Manuel Rojas ha andado por el mundo y ha conocido al Hombre. El mismo lo dice: "He conocido muchos hombres en un campamento, en una estación de ferrocarril, en una comisaría. . ." Por eso, sus relatos trashuman verdad.

Y este Premio Nacional de Literatura (1957) —que comenzó a escribir sin saber gramática y con una ortografía precaria— es quien responde a tres preguntas que le hago para PUNTO FINAL.

1.—P: Sería interesante saber qué obra suya está por publicarse y cuáles son sus proyectos literarios.

R: Trabajo en la cuarta novela de la tetralogía de "Hijo de ladrón". Se titulará "La oscura vida radiante". De esa primera novela ha salido últimamente una traducción en Alemania Oriental y en la otra Alemania acaba de aparecer una traducción de "Punta de rieles", con el título de "Chilenische Beichte".

2.—P: Ud. estuvo en Cuba y

asistió al nacimiento de OLAS. ¿Qué podría decirnos al respecto? La reunión de OLAS acaba de terminar. ¿Cómo ve Ud. el panorama de América Latina, a partir de este momento?

R: Me fui a Cuba el 25 de diciembre de 1965 y nadie sabe lo que ese viaje significó para mi mujer y para mí. Cuatro días antes de esa fecha, Francisco Coloane fue a El Quisco, donde descansábamos, para comunicarnos que yo había sido invitado, dada mi condición de escritor independiente y por los partidos socialista y comunista, para participar, en calidad de observador, en la Conferencia de la Tricontinental que se celebraría en La Habana. Había un pasaje para mi mujer. Allí fuimos en un Air France que paró en Buenos Aires y en Dakar y que, en seguida, volando por la costa de África y atravesando el Mediterráneo, nos depositó en Orly. Nunca habíamos estado en Europa y el choque fue muy grande, para mí por lo menos, que nací a la vida literaria leyendo escritores franceses. Todas las calles y bulevares me recordaban el mundo de mi adolescencia, mundo imaginado, por cierto: Balzac, Víctor Hugo, Zola, Anatole France, cuántos más. Después de una noche en París, con 4º bajo cero en el bulevar Malesherbes, partimos para Praga, 8º bajo cero, tinieblas, jamón, papas, cerveza. Dos días después volábamos hacia el oeste en un Cubana de Aviación, un turbo-hélice lleno de africanos, chinos, rusos, checos, búlgaros, bolivianos, peruanos, etc. Pasamos por encima de Londres que, en la noche iluminada, parecía una gigantesca centolla, nos detuvimos en Shannon (Irlanda) y luego en Gander, Terranova, nieve y hielo. Salimos de ahí en medio de la noche del norte y a las ocho de la mañana, tras haber atravesado el Atlántico de este a oeste y de norte a sur, volábamos sobre la Isla de Cuba, en donde permanecimos dos meses y medio, ya que después de la Tricontinental me quedé como miembro de jurado del Premio Casa de las Américas. Mi mujer lloró cuando desde el 12º piso del Hotel Habana Libre, miró

la ciudad. Allí, en ese mismo hotel, presenciamos todo el desarrollo de la Conferencia, donde tomé parte en la Comisión Social y Cultural. Al final de la Conferencia vimos nacer la OLAS, que tanto revuelo ha causado en estos días y que, de seguro, seguirá causándolo. Su creador, el que tuvo la idea de crearla, fue Salvador Allende y la propuso a los cubanos con la oposición de los comunistas chilenos que formaban parte de la delegación de este país. La oposición, sin embargo, duró poco: cuando Fidel Castro, luego de varias reuniones en el Salón "Sierra Maestra", la dio por existente, la aceptó, en nombre de Cuba, ellos —los comunistas— también la aceptaron.

Alguien ha dicho que ha nacido una nueva Internacional y eso es cierto, pero ahora una Internacional para América Latina. Si el capitalismo y el imperialismo tienen sus organizaciones, públicas algunas, como la ONU, la OEA, la NATO; secretas otras, como la CIA, además de policías políticas y públicas y ejércitos y especialidades militares para combatir esto y combatir aquello, para pelear contra las guerrillas, contra los motines, contra las huelgas, contra las manifestaciones pacifistas, contra los negros, guardias nacionales, resguardadoras y defensoras todas del capitalismo y del imperialismo, no veo yo por qué el tercer mundo, el proletariado, los países colonizados o neocolonizados y los hombres de buena voluntad, los que desean cambios profundos en la economía, en la política, en la educación, en la administración, los que quieren que haya planificaciones nacionales, no individuales o de grupos, no van a poder tener la suya; la tienen por derecho propio. Los capitalistas y los imperialistas, los que viven, acumulan y dominan a la sombra de los regímenes burgueses, temen esta institución recién creada u organizada, y es lógico que teman perder las oportunidades y las ventajas que hoy tienen. Un peso muerto terrible ahoga a nuestros países y ese peso muerto es el de los hombres que no quieren que se mueva nada, que todo quede así, que



MANUEL ROJAS: tres respuestas.

este escudo o este dólar no se vaya en ninguna dirección que no sea la mía, que esta tierra no produzca a nadie que no sea yo, que no se eleven los sueldos, que no se haga reforma agraria, por favor, no muevan nada, así está todo muy bien, como ha estado durante tantos años. Pero eso debe de terminar alguna vez y, mientras más pronto, mejor.

Ahora hay dos fuerzas frente a frente y da gusto verlas, aunque no estén en igualdad de condiciones. Una tiene ejército, policía, dinero, poder. La otra no tiene más que entusiasmo, decisión y convicciones; pero en esta última no hay intereses, capitales, bonos, acciones o valores mobiliarios que entorpezcan su pensamiento y su acción. La lucha o las fuerzas están equiparadas, aunque la miseria, el descontento, la inflación, la cesantía, productos del capitalismo, ayudan a la segunda y trabajan en contra de la primera.

“Echa tu pan sobre las aguas, que después de muchos días lo hallarás”, dice el Eclesiastés. Algo más que un pan ha sido echado al agua del tiempo en América Latina y al cabo de un tiempo lo hallaremos. ¿Cómo será la lucha? Lo ignoro, aunque quisiera saberlo. ¿Abrirá el capitalismo o abrirá el imperialismo una brecha que alivie la tensión y la presión? Tampoco lo sé, más aún, no lo creo. Pero de lo que debemos estar seguros es que esas dos fuerzas pelearán hasta el último cartucho y más allá. Es una lucha a muerte.

A pesar de eso, nuestro escritor que, con escasas excepciones, surge del pueblo o de la baja clase media, no ha hecho ni hace lo que estimamos que un escritor debe hacer. De la manera que puede, casi siempre dolorosamente, llega a la consideración de sus connacionales y a veces de los lectores de otros países. En la mayor parte de los casos, sin embargo, olvida la clase de donde salió; sólo la utiliza como tema de sus creaciones literarias, olvidándose por completo de que él, que es una esencia de su pueblo, representante de su genio y de su gracia —gracia y genio que en el escritor se refinan— debe, tiene la obligación de luchar por defenderlo, no sólo con su pluma y su palabra, sino con todas las armas a que pueda recurrir; pagado por los burgueses y la clase alta, que son los únicos que pueden leerlo, ya que el pueblo bajo no sabe leer y, si sabe un poco, no le ha sido creado el hábito de leer libros —en ocasiones no se atreve a acercarse o entrar a una librería ni tiene dinero para adquirir libros—, el escritor olvida la defensa de su pueblo y, para vergüenza de muchos, a veces se alia a las fuerzas reaccionarias o es pagado por los agentes del capitalismo nacional o internacional. Un escritor de esta índole no puede ser un hombre cuyo ejemplo pueda seguirse. Es un traidor a su pueblo, por buen escritor que pueda estimarse. Porque la literatura no es un hecho aislado ni el escritor un ser que pueda, sin desvirtuarse, renegar de su origen y de su material de trabajo. Al hacerlo reniega de sí mismo como hombre moral y como real escritor.

Defender al pueblo, ayudarlo, dirigirlo, es una de nuestras responsabilidades ante América Latina y el mundo entero. ¿Cómo defenderlo, ayudarlo y dirigirlo? La mejor manera parece ser la de escribir, pero tal como están la novela y la poesía en nuestros países, no lo es. La novela y la poesía —el cuento todavía se salva— de la América Latina son cada día más confusas. Los novelistas imitan, en su técnica y en su expresión, a Faulkner o a Joyce o a otros escritores, y los poetas parecen hablar de asuntos que sólo ellos entienden, alejando así sus obras, a velocidades astronómicas, de los ojos del pueblo y casi de los del lector medio que ve que la novela y la poesía se transforman, poco a poco, en lectura para especialistas. Por otra parte, los temas de las novelas parecen ser cada día más abstractos y sus personajes más decadentes: juegos psicológicos, descubrimientos expresivos, entretenimientos casi de crucigrama, pequeñas sorpresas eruditas, enredos de quién habla, se calla, entra o sale; obras todas que los demás escritores entienden o no entienden, gozan o maldicen, pero que, desde el punto de vista de la responsabilidad del escritor ante su pueblo y ante el mundo, son inútiles. Si, así como está, el pueblo pudiera leer esas novelas, ocurrirían dos cosas: o no las entendería o no le importarían absolutamente nada.”

(MANUEL ROJAS: fragmento del discurso pronunciado en el Segundo Congreso Latinoamericano de Escritores. Reproducido de la revista “Casa de las Américas”, número 43).

3.—P: ¿Qué tareas inmediatas propone Ud. a los escritores y artistas para coadyuvar a la lucha general de los pueblos latinoamericanos, por su liberación?

R: Los escritores deberían escribir, por lo menos, un libro —pequeño si se quiere— que el pueblo que sepa leer, pueda conocer. Hay muchos problemas que los pobres y

los trabajadores no ven muy claro. Por medio de fábulas, cuentos o diálogos, todo escrito con suma sencillez y con cierto tono, el escritor puede ayudar a esa gente a ver claro en ciertos problemas. En ese sentido, pienso hacer algo; pero quizás una vez que termine mi novela.

INES MORENO